



Guerras que no están en la historia renteriana

No soy historiador, ni tengo medios ni tiempo para hacer pinitos en tal campo. No escasean los que pueden decir algo interesante del pasado de nuestro «txoko» sin necesidad de que me introduzca en cercados ajenos. Pero no puedo soportar que pasen y pasen los años y nadie diga nada de las grandiosas guerras que tuvieron por escenario nuestra villa, allá entre los años veinticinco y treinta del actual siglo. Y ello pese a que estarán presentes en la memoria de casi todos los respetables padres de familia actuales que combatieron duramente en ellas. En su honor me atrevo a dar este pequeño asalto al cercado huerto de Clío. Puede que así, alguno de los sesudos varones que se ocupan de la Historia y sus historias, dedique algún capitulillo a tales verdaderas guerras, olvidándose un poco de angustiarse con la «guerra fría» y no pensar más que en ella. Aquellas también tenían barbarie suficiente como para ocuparse de ellas.

En los «mukisus» de entonces bullía un espíritu más aventurero que en los de ahora. Imbuídos por él, no existía barriada o calle que no tuviese su «banda», alguna tan bien organizada que, además de capitán y tenientes, disponía de bandera e himno propios, «tesoro» común y hasta «cantineras».

La existencia de dichas bandas tenía en sí el germen del choque con las rivales, exactamente igual que las Armadas mantienen latente el virus guerrero. Desatado el conflicto, en éste se despegaban todas las reglas del arte bélico. Junto a estrategias dignas de famosos «condottiere», brillaba el valor y la organización. Hubo batallas encarnizadas en que más de uno salió descalabrado convirtiéndose en doble héroe ya que junto a la pedrada que lo había señalado de por vida, recibía en casa paliza de «padre» sin eufemismos.

Las guerras empezaban con todo el ceremonial de las de la Edad Media. Cuando los «chaveas» de alguno de los «gangs» se aburrían, optaban por declarar la guerra a los de otro barrio, con los cuales alguno de sus miembros hubiera tenido un roce cualquiera. Para ello se mandaba el correspondiente «reto» por medio de un embajador plenipotenciario que, como cualquier otro de estos altisonantes correveidiles en situación parecida, no las tenía todas consigo.

Recuerdo que una de las guerras más «escalofriantes» tuvo su origen en que un chaval de la Plaza de los Fueros había quitado un cromó —¿Se juega todavía a cromos?— a una chica de la calle Magdalena. La reacción fue inmediata. Previa advertencia de que devolviese inmediatamente el cromó, so pena de «guerra» —advertencia a la que se contestó con el desdén de un Blas de Lezo a los ingleses en Cartagena de Indias— los «magdalenenses» asaltaron la Plaza de los Fueros en una operación de castigo, apoderándose de todos los cromos que tenían chicos y chicas que su mala suerte quiso se encontrasen allí en aquellos momentos. El botín fue considerable pues, escogida cuidadosamente la hora, irrumpieron en la plaza enemiga en plena fiebre de juego.

No pudieron gozar mucho tiempo, por lo menos en paz, de las «riquezas» logradas. Al día siguiente, a media tarde, los de la Plaza de los Fueros con sus aliados de la calle Viteri y Casas Nuevas —éstos eran algo así como las huestes de Atila para los demás barrios— reforzados además con los de Calle Arriba que aprovecharon la ocasión para vengar viejas afrentas; irrumpieron en la calle Magdalena en largo tropel y por sorpresa. Llevaban incluso perros lobos «amaestrados» en Gaztaño para la guerra. Durante media hora se hicieron los dueños del cotarro. Con sus distintas banderas en alto, sus tiragomas prestos, sus botes de pimientos y tomates a modo de cartucheras bien atados al cinto y repletos de «munición» para los tiragomas, dejando apenas sitio para los sables de madera; un centenar de chavales dispuestos a «vencer o morir» recorrieron la calle en ambas direcciones sin oposición alguna. ¡Pobre del magdalenense que salió inadvertidamente a la calle! Hubo de refugiarse donde y como pudo, lleno de magulladuras y chichones, acosado a mandobles y estocadas por los victoriosos invasores.

Por fin, cansados de que nadie apareciese dispuesto a darles la batalla, se retiraron subiendo por las huertas de «Antxón» a la vía del tren minero de Arditurri y por ella se fueron hasta la Estación del «Topo». A la vista de esta última pero sobre la vía antes citada, se reunieron para cambiar impresiones y recrearse en el poder omnimodo que la vista de tal muchedumbre de guerreros armados de punta en blanco sugería...

Los magdalenenses, sin embargo, no estaban ociosos. Rugiendo sus cóleras por el ultraje recibido, se llamaron de balcón a balcón y a poco se reunieron frente a la Basílica de la Magdalena. Los «espías» pronto vinieron con la nueva de donde se encontraba el conglomerado bando rival en su campamento improvisado. Tomando posiciones sigilosamente por encima de los terrenos de Adúriz y aprovechando las trincheras que los cimientos de la casa de Urquía —que hoy corona aquella eminencia y entonces estaba en construcción— les ofrecían, iniciaron una ofensiva en toda regla. Fue una pelea gloriosa, una pelea que hizo época, siendo indignante que no conste en los anales del pueblo. Fue el mejor asalto por sorpresa que aniquiló a un ejército imbuído de poder e imbatibilidad que se conoce en la Historia. La sorprendida «Santa Alianza» presa del pánico y ante el temor de vérselas con fuerzas muy superiores a las que en realidad atacaban, inició la desbandada. Algunos valientes quisieron dar la cara apoyándose en los «perros de guerra». Pero éstos lo tomaron a juego y su «entrenamiento» se redujo a seguir el vuelo de los pedruscos, por lo que perdidos los restos de moral que aquel «arma secreta» mantuvo un instante latentes, la huida fue general. Unos se fueron por Gaztaño, otros por la vía del «Topo», los más Avenida de Zalacaín abajo. Pero un nutrido grupo corrió a refugiarse en calle Arriba por las escalerillas que a ella llevan desde la estación. Si hubieran tenido un poco de serenidad, allá hubiera fenecido la ofensiva de los magdalenenses como una ola se estrella contra un acantilado, pero no pararon hasta refugiarse en sus casas y he aquí los papeles invertidos. Sólo que ellos no se mantuvieron con el pasivo que los ahora invasores tuvieron cuando a su vez fue «ocupada» su calle. Desde las casas comenzaron a utilizar los tiragomas. Especialmente desde las «torres» de Morronkua y Torrekoa se hacía un fuego nutrido que impedía a los atacantes penetrar plenamente en el predio invadido. Para reducir «al silencio» aquellos fortines del enemigo no se les ocurrió medio mejor que emplear «flechas de fuego», artilugios fabricados con varillas de paraguas desechadas —los arcos estaban hechos del mismo material pero en nutridos haces— en cuya punta colocaban algodón hidrófilo empapado en gasolina.

Los arcos humeantes que describían los ígneos ingenios iban a estrellarse contra los pétreos muros y algunos consiguieron penetrar por las ventanas del primer piso. Técnica medieval pura, aunque estaba aprendida en la «cátedra» del On-Bide enseñada por profesores sioux. Las des «casas-torres» ya la habrían visto antes, quizá, pero no las «etxeoandres» que lanzando al aire «millademoniayas» y «barrabasko-semiak» se lanzaron a la calle dispuestas a terminar la guerra a escobazos. Sin embargo, las mujeres poco hubieran podido contra la fiebre belicista de los asaltantes, cuyos tiragomas, dirigidos a las desnudas pantorrillas femeninas, las hizo ceder en su primitivo ímpetu. No, aquello no era cosa de mujeres sino de chicos mayores. Estos sí que reconquistaron posiciones y casi casi cambiaron el color de la victoria; pero estaba de Dios que aquella batalla se la tenían que llevar los magdalenenses. Un inopinado refuerzo de mozalbetes mayores del barrio magdalenense que regresaba de jugar al fútbol del campo anexo al cine On-Bide, al ver acorralados a sus muchachos junto al iniciamiento de la escalera que había servido para invadir la calle, echó mano de las estacas que sostenían las alambradas de protección de las huertas que existían donde hoy las casas de la Papelera y... aquella fue la contraofensiva definitiva.

El himno de los «Hijos del Misterio» con música de «Bombas en Montecarlo» resonó en toda la calle Arriba entonada por gargantas victoriosas que tenían trémolos recelosos hasta que no dejaron atrás Mikela-zulo...

Como se ve, fue una guerra por todo lo alto. Nadie podrá negarlo. ¿Hay nada más alto en el pueblo que calle Arriba?

Ahora que he contado algo sobre una de tantas guerras de aquellos años, me quedo satisfecho. Mal que mal, pasará a la posteridad. Esa «gloria» merece...

A. ECEIZA